

lizar, someter a una pauta rigurosa las ve-  
lidades de la razón libre; era necesario dar  
al impaciente desasosiego del pensamiento  
humano una regla a la vez permanente i va-  
riable; vacilar por decirlo así. Inteligencia  
es un molde, que, siendo siempre el mismo,  
fuera en cada ocasión, distinto; una lei fija i  
al mismo tiempo movable.

La lei estaba hecha, i no podía ser otra  
que la lei del número, inflexible sí, pero in-  
constante.

Realmente la gran apoteosis del número  
sólo podía hacerse en un siglo positivo.

¿Acaso es otro el secreto de la naturaleza?  
La uniformidad del universo, no es su  
suma, mas que cuestión de cantidad. La ac-  
ción de las atracciones, hé ahí el imperio de  
las grandes masas.

¡Bien! ¿Esta lei de la materia no debía ló-  
jicamente ser la lei del género humano en un  
siglo materialista?....

De la misma manera el número, rompiendo  
los límites de la vida pública, ha invadido  
los apartados recintos de la vida privada,  
penetrando hasta en el último rincón de la  
casa.

Cada uno lleva siempre presente en su  
pensamiento un número, que viene a ser la  
cifra de los temores que le asaltan, de los  
recuerdos que le alegria o le entristecen, de  
las esperanzas que le animan.

La vida misma no es mas que la doble ope-  
ración aritmética de sumar i restar; empeza-  
mos reuniendo en una cantidad el valor de  
los innumerables deseos que van brotando  
en el curso de nuestros primeros años. Des-  
pués, desajo de esa suma se va formando  
una a una la lujurante cifra de los desenga-  
ños. ¿Entonces empieza la terrible resta.

Marta es una preciosa niña que va a cum-  
plir doce años. ¿Es tan inocent que caminar  
sólo por tener quince.

Margarita es una hermosa mujer que ha  
cumplido ya treinta años, ¿es tan jengosa  
que los años todos por no pasar de  
veinte.

No parecen innumerables las arenas del  
mar i las estrellas del cielo; pues bien, toda-  
via es mas inabarcable el guarismo de lo pa-  
sado i el número de lo futuro.

La perseverancia, ¿qué cantidad de espe-  
ranza... ¿el lo pasado... ¿qué suma de des-  
engaños...?

¿No es esta la cuestión de la vida?...  
El número alegria aquellos por ejemplo,  
que antes del aprisa empezaron el número  
de la lotería que hemos adelantado.

Después del sorteo esa mismo número es  
más triste i no ha tenido bastante virtud  
para ser premiado.

En la historia del amor todas son fechas, es  
decir, todo en él son números: el tres, el  
cuatro, el quince, el veinticinco, el treinta;  
esto es, aquel día, el día siguiente, el otro  
día... en una palabra, todos los días.

Todavía hai quien tiene en su corazón un  
lugar reservado para los hermosos afectos.  
... ¿lo que se trata? ¿de una mujer...?  
Vivia en una ciudad o en otra, en esta calle  
o en aquella... número dos, siete, diez,  
doce... Ha muerto... ¿Es lo mismo, por-  
que tambien en el cementerio su nicho está  
numerado. En número es el ciento, el quin-  
ientos, el mil.

Número es esa cantidad mayor o menor  
que se lleva de continuo en la memoria, i se  
calcula en ella como en un libro de caja, la  
cantidad que se debe, la cantidad que se  
tiene, la cantidad que se espera...

En medio de esa diversidad de cantida-  
des, que saltan a nuestros ojos dando forma  
al espacio a todas las cosas i que simulta-  
neamente se disputan el dominio de nuestra  
razón i de nuestra voluntad, de nuestras  
sensaciones i de nuestros deseos, la unidad  
ocurrida en el fondo de esas colecciones  
aritméticas, absorbe como las estatuas de los  
dioses olímpicos, en su propia contempla-  
ción, ejerce mas que nunca en el corazón  
del hombre la influencia de su imperio.

El número uno es en realidad el gran  
número: es la expresión de la individualidad  
aislada; es el centro de esa atracción exclu-  
siva con que pretendemos apropiarnos todos  
los beneficios de la vida, como si cada uno  
de nosotros fuera el sólo usufructuario de la  
tierra.

Es el yo, el yo imperioso, el yo soberbio,  
el yo solitario.

**LA LIBERTAD CATÓLICA.**  
CONCEPCION, DICIEMBRE 27 DE 1975.

**¿ADÓNDE VAMOS A PARAR?**

Tres meses completos faltan a n  
para que llegue la primera de las épocas  
electorales i ya el país no solo  
está comovido sino que arde desde  
el uno al otro de sus extremos.

La causa primera de tan viva exi-  
tación no se oculta a ningún ojo  
sino al que quiere voluntariamente  
cerrarse: es la intervención del Go-  
bierno con el fin de anular la volun-  
tad del pueblo. Conservadores, vic-

nistas i nacionales se encuentran unidos  
con este vínculo i pelean con  
esta divisa: libertad electoral i guerra  
a la intervención gubernativa.

El país cumple, pues, con su deber;  
pero el Gobierno marcha i sigue por  
su mal camino i todos se preguntan  
con ansiedad: ¿adónde iremos a parar?

Hasta hoy tenemos ya en campaña  
todas las malas artes, todos los tristes  
manejos de las peores épocas de nuestra  
historia: cohecho de los ciudadanos, pri-  
siones, allanamientos del hogar domé-  
stico, violencias de toda especie  
ejercidas contra los electores indepen-  
dientes.

Sin embargo a pesar de todo el Go-  
bierno i sus partidarios están muy léjos  
de ver completo su deseo: el de  
abarrojar la voluntad de la mayoría  
de los electores. ¿Qué queda entonces  
por hacer al ejecutivo para sacar triun-  
fante a su candidato? El último i es-  
tremado recurso que han tocado todos  
los malos gobiernos republicanos en  
igual caso: la dictadura, o como se dice  
entre nosotros, los estudios de sitio i las  
Facultades extraordinarias.

Sin necesidad de ser profetas podo-  
mos anunciar que dentro de mas o mé-  
nos tiempo allá irá a para, nuestro  
actual Gobierno. Será muy curioso ver  
al Gobierno del señor Errázuriz, que en  
otro tiempo fué por dos veces victi-  
ma de las Facultades extraordinarias,  
pedirlas a la Cámara, que indubita-  
mente las otorgará, para ahogar en lá-  
grimas i sangre la voluntad del pue-  
blo. I decimos que el Gobierno lo  
hará, por que está resuelto a sacar  
triunfante a su candidato, aun  
cuando tiene la conciencia de que no  
es apoyado por la mayoría de los elec-  
tores.

La pendiente de las arbitrariedades  
es resbaladiza i en su fondo se en-  
cuentra la tiranía i el despotismo. Nues-  
tro Gobierno ha comenzado a bajar  
por ese camino i ¿quién lo detendrá?  
¿La opinion pública? Pero ya sabemos  
cuan poco se preocupan de ella nues-  
tros gobernantes, i uno de ellos ha  
llegado a declarar en la Cámara que  
nada le importa la prensa del país. ¿Será  
el respeto a las leyes? Pero ya está-  
mos viendo como se respeta la de  
elecciones i como se violan las solemnes  
garantías otorgadas a los ciudadanos.  
Conjuramos a nuestros gobernantes  
en nombre de la conciencia i de la pa-  
tria; les pedimos que consideren a sa-  
gre fria el hondo abismo a donde  
precipitan este hermoso país que los  
vió nacer; que recuerden los terribles  
fallos de la historia i que no manche  
sus nombres con un borron de san-  
gre i de ignominia.

**UN NUEVO COLEGA.**

De la noche a la mañana i tan re-  
pentinamente como cuando tiembla o  
se declara un incendio, se nos ha  
dejado caer en Concepcion nada me-  
nos que un diario cuyo color políti-  
co se deja conocer por solo su títu-  
lo: se llama *Alianza Liberal*.

Para que nuestros lectores, i espe-  
cialmente los de fuera de Concepcion,  
conozcan la naturaleza de ese  
diario, bueno será brevemente  
su genealogía. Hará como dos meses  
que apareció sin precedentes de nin-  
guna clase un papelillo u hoja suelta  
que se tituló *El Mercantil* i que se  
entró a todas las casas de Concepcion  
sin decir: esta boca es mía. De  
casi todas partes se le despidió co-  
mo a un desconocido sospechoso; pe-  
ro el tal *Mercantil* dijo i repitió una  
i otra vez que no tomaba cartas en  
política i prometió solemnemente que  
nunca las tomaria, asegurando que su  
propósito era únicamente comercial.  
Así continuó el dicho papel entrando  
a las casas como a hurtadillas dos

veces por semana; i hélo aquí subita-  
mente convertido en un diario pin-  
tista: ¡plumín fiel de la candidatura  
que sostiene i que se ha impuesto al  
país entre gallos i media noche!

El lenguaje i estilo de *La Alianza  
Liberal* es exactamente el mismo de  
*La Revista del Sur*, i con esto está di-  
cho todo. Difícil nos será, o mejor di-  
cho imposible, entrar en discusion ra-  
zonal con jentes que no saben sino  
insultar i almorzar. Para muestra del  
estilo del nuevo diario, hé aquí como  
resume i contesta nuestros editoriales  
sobre las promesas de don Anibal  
Pinto:

«Quién habrá tan duro de mollera que  
con los últimos editoriales de *La Libertad*  
no haya quedado convencido de que los con-  
venios o instituciones religiosas están am-  
plazadas de muerte con la candidatura Pinto?  
La cosa es clara. Don Francisco Antonio  
Pinto, hace cincuenta años, mandó cerrar  
los conventos en que muestra además de otros  
frailes desde su nacimiento hasta la mu-  
erte, don Anibal Pinto, es hijo de su padre:  
uego, la consecuencia es óbica.»

¡Jamás hemos dicho que don Anibal  
Pinto haya de perseguir a la Iglesia  
solo por ser hijo de su padre, sino  
porque expresamente ha prometido se-  
guir sus ejemplos i por que asegura  
tener con el comunidad de ideas i de  
principios. Si el mismo señor don  
Anibal ha dicho: los ejemplos de mi  
padre serán mi modelo, sin hacer distin-  
ción de ninguna especie, ¿quién  
tiene derecho para asegurar que el hi-  
jo no ha de usurpar, como usó el  
padre, la autoridad i la autoridad de  
la Iglesia i que no ha de declarar  
guerra a muerte al catolicismo i a los  
bienes eclesiásticos, como la declaró  
su modelo?

El resto del nuevo diario está en  
armonía con su editorial. El blanco  
de sus iras es el mismo de *La Re-  
vista del Sur*: el clero i los católicos;  
entre los últimos honra con sus at-  
aques al señor don Anibal Las-Casas.  
Lanza una retahíla de infamopros con-  
tra el señor Gutiérrez, honorable ab-  
batero de Yumbel; muerde de paso a  
las aplicables Hermanas de la Caridad,  
i derrama todo i hiel contra los ve-  
nerables religiosos de Santo Domín-  
go.

Está di ho todo. Ya conocen nues-  
tros lectores qué clase de huespedes  
el que nos ha llegado de la Moneda  
i que viene a defender la candidatu-  
ra oficial.

**DICHOSO FIN**  
(Editorial de «El Estándarte Católico».)

Hoy ha sido conculcado el cementerio el  
cuerpo de don Ramon Luco Mercallo. El  
señor Luco, muerto en los primeros años de  
la juventud, se habia mostrado en este  
último tiempo uno de las mas ardorosos  
adversarios de la causa católica, de los mas  
entusiastas i decididos sectarios del libera-  
lismo.

Partidario amigo del señor Venúa Ma-  
rkena, se separó rotundamente de él en un  
discurso pronunciado el 28 de noviembre en  
el meeting-protesta contra la convención, i  
tres días después publicó un artículo en *El  
Pensador* para insultar su conducta; se separa-  
ba del señor Venúa, e i todo al ultramon-  
tano con él que se va a proximo a entrar  
en aliado; que siempre dispuesto a apoyar a cual-  
quiera que impidiese al país avanzar en tren  
espreso al Ecuador.

Venúa días después de publicar este artí-  
culo, don Ramon Luco habia dejado de exis-  
tir. Su muerte, que ha sido la de un for-  
voroso católico, ha comovido profunda-  
mente a cuantos han tenido oportunidad de  
presenciar sus postreros momentos; i nos-  
otros, al referir tal lo sucedido cumplimos  
las últimas voluntades del moribundo, dan-  
do publicidad a la retractación formal de sus  
errores.

Si el viviente, estamos seguros de que no  
habrá olvidado por ninguno de los medios  
con que la prudencia de la autoridad eclesi-  
ástica facilitara la retractación a los que no  
se atreven a salir tan de frente a la grita  
de su impiedad; habrán publicado lo que  
ahora publicamos; pero lo habria hecho  
voluntariamente, desde que los prestados no  
exige como condición necesaria para una  
retractación la publicación de la prensa.

El señor Luco se encontraba de visita en  
casa de uno de sus amigos cuando los prime-  
ros síntomas de la terrible enfermedad que

lo ha llevado al sepulcro se hicieron sentir  
con estruendosa violencia. Ni el enfermo ni  
los que lo acompañaban dudaron un instante  
acerca de la gravedad del mal: él i ellos  
creyeron que la muerte vendria casi inme-  
diatamente.

El señor Luco habia recibido educación  
cristiana en el Seminario conciliar de San-  
tiago i no habia perdido a fé de sus prime-  
ros años. Apenas conoció que la muerte  
se acercaba, comenzó a pedir a gritos los sa-  
cristos de la religion. Unos de sus amigos  
fajó en el acto a buscar un sacerdote i no  
habia andado mucho cuando encontró en la  
calle al señor vicario general del Aozobispado  
don José Ramon Astorga, quien, a su llama-  
do, se dirigió presturoso a casa del enfer-  
mo. Cuando el señor Astorga llegó allá, don  
Ramon Luco estaba encomendándose fervo-  
rosamente a Dios i pidiéndole que le concedie-  
ra la suprema gracia de no morir hasta  
haber hecho la confesión de sus culpas. In-  
cluíble fué, pues, el contento que manifestó  
el enfermo al ver llegar a un sacerdote i al re-  
conocer en él al señor Astorga, a quien pro-  
fesa una especial respetó por mas que el  
vicario no hubiera tratado nunca ni cono-  
cido al señor Luco.

Apénas el confesor habló al muribundo de  
la obligacion que tenia de reparar pública-  
mente el escándalo que públicamente habia  
dado con sus escritos i discursos contrarios  
a la religion, el señor Luco, sin la menor  
duda i muy gustoso, se ofreció a hacerlo  
inmediatamente, i al efecto llamó a dos ca-  
balleros que estaban en ese momento en la  
casa i comenzó ante ellos a hacer verba-  
lmente su retractación.

Les dijo que siempre habia sido en el fon-  
do un sincero creyente; que si habia  
atacado a la Iglesia i al clero era solo de-  
jándose arrastrar por la corriente del siglo.  
Había en seguida con inflexible firmeza ar-  
repentimiento que en ese instante sentia por  
haberse separado del camino que conduce a  
la eterna felicidad, por haber ofendido a un  
Dios de quien, a pesar de sus ingraticudes,  
estaba recibiendo en ese momento una  
gracia tan grande de bondad i misericor-  
dia.

El enfermo estaba con su voz anterior; i el  
entusiasmo le hacia encontrar eloquentes  
palabras que comovieron hasta lo mas  
hondo i los espectadores de este solemne  
escena; sin darse cuenta, i movidos por el  
sentimiento religioso que respiraban, ha-  
bría del muribundo los testigos cayeron  
de rodillas para su hecho unieron a las de  
sus propias lágrimas.

El señor Astorga, que no habia desplegado  
los labios, dijo entonces a los testigos  
que seria conveniente escribir el resumen  
de lo que acababan de oír per se, conforme  
a los deseos i a la obligacion del moribun-  
do de retractarse despues a la publicidat. Los  
testigos prefirieron que el mismo señor Luco  
hiciera la retractación. El señor Luco dictó  
firmo con los testigos lo siguiente:

«Declaro en presencia del señor preside-  
nte don Ramon Astorga, don Juan Jorge  
Gagnier de los rios don Eduardo Cuellar que  
sentado he dicho i he hecho durante mi vi-  
da en contra de la fé católica i de los que  
la defienden ha estado en abierta pugna con  
mi conciencia i solo por seguir la corriente  
del espíritu del siglo. I me retracto de ello  
en toda forma de conciencia, pudiendo los  
asceramientos de la santa Madre Iglesia. En  
atestimonio de ello firmo con los testigos  
«Ramon Luco» a quince de diciembre  
de mil novecientos setenta i cinco.»

Ramon Luco.  
Testigo don Jorge Gagnier de los Rios.  
Testigo don Eduardo Cuellar.

En seguida el señor Luco se confesó i re-  
cibió los sacramentos como lo pedía i lleno  
de tranquilidad i fervor, asumiéndolos que  
lo acompañaron los cinco días que todavía  
vivió. Habia manifestado al señor Astorga  
el deseo de que un sacerdote lo acompañase  
hasta sus últimos instantes i el señor preside-  
nte don Carlos Reidig se prestó gustoso a  
ir a menudo i animarlo i auxiliarlo hasta el  
fin.

La retractación del señor Luco es no solo  
completa sino tambien generosa. Pronto a  
comparcer ante el Supremo Juez desprecio  
los diez puros consejos del amor propio i por  
su sola voluntad dispuso al financiamiento que  
habia habia erendido una palabra de cuanto lo  
habia escrito i hablado contra la Iglesia i sus  
defensores.

¡Que gloria, en verdad, al cristiano la  
aveza ilusion del que dirán cuando mira  
abierta ante sus ojos la eterna felicidad! El  
señor Luco lo pensó así i su retractación es  
la de un creyente fervoroso.

Lo primero que el católico siente al leer  
este importante documento es gratitud a  
Dios i consuelo por la suerte de un hermano  
con generosidad ha sabido borrar pasa-  
dos errores i conquistarse el eterno des-  
canso.

Pero inmediatamente se apodera de la  
inteligencia tristes reflexiones. ¿Cuántos  
habrá que, como el señor Luco, eran firmes-  
mente en las verdades del catolicismo i  
hacen escandalosa ante el mundo de impia  
la rebeldia? ¿Cuán pocos de los que así se  
empujan embardes en ahogar los gritos de  
su conciencia llegarán a recibir la gracia  
extraordinaria i tan rara vez vista de con-  
fesar públicamente su delito i de hacerse  
dignos de perdonar?

¡Bien que el señor Luco ha hecho a la  
Iglesia con su retractación es su dula,